

bro, diciéndole que no se apurase por lo que los tres amigos y vecinos le habían manifestado el día anterior; que no procediera con precipitación en el asunto de José Antonio, ni se disgustase por tener que darle la licencia absoluta; pues él, don Remigio, con toda cautela y habilidad, convidándole para una cacería en Torrelaguna, ó pesca en el Jarama, le convencería de la necesidad de presentar su dimisión de asilado pedralbense... Y así se conciliaba todo, evitando á la señora la pena de despedirle... Y tomando resueltamente el tono festivo, dejóse caer en el otro asunto. ¡Oh! lo de la dirección médico-farmacéutica propuesta por Láinez era una graciosísima necesidad... ¿Pues y lo de la dirección aratoria y oficinesca, producto del caletre de don Pascual Amador? Ya supuso él que la señora Condesa se desternillaría de risa, en su fuero interno, oyendo tales despropósitos. La dirección religiosa, sobre la base de una perfecta concordancia de ideas y sentimientos entre el Rector y la fundadora, se caía de su peso, y con tal organismo, no era difícil llevar á Pedralba por caminos gloriosos.

Oyóle Halma con benevolencia, sin soltar prenda en asunto tan delicado, y hablaron luego de los trabajos de instalación, de lo que aún no se había hecho, y de lo que se haría pronto para completar y redondear el pensamiento.

Todo lo encontró don Remigio acertadísimo, admirable, superior. Y como la conversación recayese en Nazarin, se acordó de que había recibido una carta para él. «Aquí está—dijo poniéndola en manos de la señora.—Aunque usted y yo estamos autorizados para leerla, se la entrego sin abrir. Trae el sello de Alcalá, y debe de ser de los infelices Ándara y Tinoco (el *Sacrilego*), que ya están purgando sus delitos en aquel penal. Le llaman sin duda, ¡pobrecillos!, y si de mí dependiera, le permitiría que fuese y les consolara, dando vigor y salud á sus desdichadas almas. Pero temo que me venga una ronca del Superior, si ese viaje le consiento, aunque sólo sea por pocos días. Piénselo usted, no obstante, y si la señora Condesa toma la iniciativa, y acepta la responsabilidad...»

Negóse la dama á resolver sobre aquel punto, y ya que hablaban de Nazarin, ambos le colmaron de elogios. «Es tan humilde—dijo don Remigio,—y su comportamiento tan ejemplar, su obediencia tan absoluta, que si de mí dependiera, no tendría inconveniente en darle de alta. ¿Ha notado usted, en el tiempo que aquí lleva, algo por donde se confirme y corrobore la opinión de demente?»

—Nada, señor don Remigio. Sus actos todos, su lenguaje, son de una cordura perfecta.

—¿Ni siquiera un rasgo ligero de trastorno,

algo que indique por lo menos irregularidad en la ideación...?

—Absolutamente nada.

—Es particular. Vive como un santo; no ocasiona el menor disgusto, discurre bien cuando se le incita á discurrir, calla cuando debe callar, obedece siempre, trabaja sin descanso, y no obstante... no sé, no sé... Láinez dice que su inteligencia se aplaná poco á poco.

—No lo creo yo así.

—La Facultad sabrá lo que afirma. Si ese síntoma crece, llegará á un estado de imbecilidad... Lo dice Láinez... ¿Ha notado usted indicios de aplanamiento cerebral?

—Ninguno.

—¿Dificultad en coordinar las ideas, lentitud para expresarlas?...

—No señor...

—¿Habla usted con él á menudo?

—Muy poco.

—Pues conviene tantear esa inteligencia, presentándole temas difíciles por vía de ejercicio. Así se verá si hay vigor ó flaqueza en sus facultades. Yo empleé este procedimiento no ha mucho con un primo mío, que dió en padecer disturbios de la mente, y el resultado fué desastroso.

—Pues en este caso, me figuro que será lisonjero. Haga usted la prueba.

—Que sí, que sí. Mándemele allá mañana.

—Irá; pero... Si usted me lo permite...—dijo la de Halma, súbitamente asaltada de una idea.

—¿Qué?

—Antes de mandarle allá, haré yo un pequeño examen.

—Corriente. Y luego me toca á mí, que he de ser duro, examinador implacable. Mire usted: le propondré, para que me los desarrolle, los puntos más difíciles de las *Summas* y de las...

—¡Pobrecillo! No tanto...

—Como no es más que una prueba, pronto se conoce si su inteligencia declina.

—Y aunque declinase un poco, por causa de la edad, de los disgustos, su razón puede conservarse sin ningún extravío, y siendo así, debiera el Superior devolverle las licencias.

—Lo veremos. No digo que no... Señora mía, adiós.

—Don Remigio, muchas gracias por todo. ¿No quiere tomar nada?

—¡Oh, gracias! Fuera de mis horas, ya sabe que no...

—¿Ni chocolate?

—¡Oh! ¡golosinas de viejos! Señora, somos de la hornada moderna, de la Facultad de Derecho... Adiós, que es tarde. Descansar.

—Hasta cuando usted quiera, señor cura.»

VI

Rezaron, cenaron. Al dar la señora la orden para los trabajos del día siguiente, dijo al buen don Nazario: «Padre, mañana no va usted al monte, ni al prado, ni á la huerta, ni quiero que ande moviendo piedras, ni cortando troncos.

—¿Pues qué haré, señora?

—Mañana descansa el cuerpo, y trabajará usted con la inteligencia.

—¿Tengo que ir á San Agustín?

—No señor. ¡Buena le espera allá con las *Summas*...!

—Entonces...

—De nueve á diez, á la hora en que concluyo mis tareas de la mañana, le espero á usted arriba, en el cuarto de la costura, que es por ahora nuestra sala capitular.

—Está bien.»

Amaneció Dios, y Nazarin, despachada la obligación de sus oraciones matutinas, se limpió y acicaló muy bien, vistiéndose con las ropas de cura que le había dado don Remigio. Decía él, distinguiendo cuerdamente entre cosas y cosas, que si en medio del pueblo, y haciendo vida errante, no se cuidaba para nada de la prestancia personal, al presentarse en el aposento de una tan principal y santa señora, llamado ex-

presamente por ella, debía revestirse de la forma más decorosa, sin salir de su habitual sencillez. A las nueve y media en punto, ya se hallaba en el lugar de la cita. Díjole su discípula que se esperase, pues la señora no tardaría en subir, y á los pocos minutos entró doña Catalina. Ésta, con gran sorpresa de Beatriz, ordenó á ésta que se quedara. Sentáronse los tres. Pausa, y alguna tosecilla. Rompió Halma el silencio diciendo:

«Padre Nazarin, le llamo para que me dé su opinión sobre cosas muy graves que ocurren... no, que amenazan á nuestra pobre Pedralba. Apenas hemos nacido, y ya parece que estamos amenazados de muerte. No encuentro la solución de este conflicto en que me veo; mi inteligencia es muy corta; necesita ayuda, luces de otras inteligencias más claras que la mía. Me hace falta el consejo de usted.

—Honor inmenso es para mí, señora Condesa —replicó el peregrino con voz grave, permaneciendo en una inmovilidad de estatua.—Yo estimo su confianza, y corresponderé á ella diciéndole lo que tenga por acertado, justo y bueno, conforme á la santa ley de Dios. En este caso, como en todos, de mis labios no sale más que la verdad, la verdad, tal como en mí la siento.

—¿Adivina usted sobre qué quiero consultarle?

—Sí señora. No es adivinación. He oído algo.

—Un conflicto tremendo.

—Para mí no lo es.»

Tanta seguridad desconcertó á la señora, y francamente, también hubo de inquietarla un poco el que Nazarin, al verse consultado por ella, no rompiese con un exordio de modestia, llamándose indigno, y protestando, como es de rigor en casos tales, de su incapacidad, etc...

«¿Que no es un conflicto tremendo?

—Digo que no lo tengo yo por tal.

—Y hace dos días que pido en vano al Señor y á la Virgen Santísima que me iluminen para resolverlo.

—Y la han iluminado á usted—dijo don Nazario, con un aplomo que desconcertó más á la Condesa.—Y le han dicho: «En tu conciencia, en tu corazón, tienes la clave de esto que llamas conflicto y no lo es.» ¡Si está resuelto! ¡Si es claro como la luz! Perdoneme usted, señora, si le hablo con una firmeza que podrá creer arrogante y hasta irrespetuosa. Es que cuando creo poseer la verdad en asunto grande ó chico, no puedo menos de decirla, para que la oiga y se entere bien aquel que de ella necesita. Si usted no ha visto aún esa verdad, conviene que yo se la ponga delante de los ojos. Ahí va: ¡Expulsar á José Antonio! Nunca. ¡Suplicarle que se retire! Tampoco. Es una crueldad, una fla-

queza, un pecado de barbarie casi homicida, que Dios castigará, descargando sobre Pedralba su mano justiciera.

—Si yo no quiero que salga, no, no—dijo Catalina, desconcertada ante la energía que no esperaba sin duda en hombre tan manso.

—Que no salga, no—repitió en voz queda la nazarista, que sentada en una silla baja al otro extremo de la estancia, oía y callaba.

—Bueno: pues no sale—prosiguió Halma.—Verdaderamente, sería injusto. El infeliz se porta bien, es otro hombre. Pero sigo viendo mi conflicto, señor don Nazario, porque al retener á José Antonio, contrario los deseos de personas respetabilísimas, cuyo enojo podría ser funesto á Pedralba. La benevolencia de esas personas, que casi casi son instituciones para mí, nos es necesaria. Veo difícil que podamos vivir teniéndolas en contra.

—La señora puede llevar adelante su empresa caritativa con respecto á nuestro buen Urrea, sin que las personas que considera como instituciones, tengan que intervenir para nada en los asuntos de Pedralba.

—¿Pero cómo puede ser eso?

—No hay nada más sencillo, y es muy extraño que usted no lo vea.

—Lo que extraño mucho—dijo Halma, inquieta y nerviosa,—es el desahogo con que me

niega la existencia del conflicto, sin añadir razones para que yo vea fácil y hacedero lo que hoy tengo por difícil, si no imposible. Espero de usted luces más claras para convencerme de que el consejo que me da no es una vana fórmula. ¿Cree usted que puedo indisponerme con don Remigio?

—No señora: don Remigio es nuestro inmediato jefe espiritual, y le debemos acatamiento y sumisión. No diré yo palabra ofensiva contra él, le respeto mucho; estoy bajo su autoridad, que es paternal y dulce. Los demás me importan menos... pero, en fin, á todos les respeto, y cuando he dicho que el conflicto se resolvería fácilmente, no he querido decir que para ello tuviera la señora que malquistarse con tan dignas personas. Al contrario, puede seguir con ellas en relaciones cordialísimas.

—Don Nazario—dijo la Condesa, no ya nerviosa, sino sofocada, levantándose,—yo no le entiendo á usted.»

Parecía natural que al ver en la gobernadora de Pedralba aquel movimiento de impaciencia, Nazarin se aturrullara, y pidiera perdón, dando por terminado el consejo. Levantóse también respetuoso, y con muchísima flema, y tocando suavemente el hombro de la Condesa, le dijo: «Tenga usted calma. No hemos concluido.»

Pausa. Sentados ambos de nuevo, sonaron

otra vez las tosecillas, y Nazarin prosiguió en esta forma: «Estoy seguro, segurísimo de que ha de entenderme pronto. Usted dice para sí: «¿Pero éste es el hombre que andaba por los caminos, errante, descalzo, viviendo de limosna, practicando la ley de pobreza dada por Jesucristo? ¿Y es el mismo que ahora se llega á mí, y con dureza me habla, y me dice *sientate*, como se le diría á un chiquillo de nuestra escuela?...» Pues soy el mismo, señora. De limosna viví, de limosna vivo. Soy como los pájaros que libres cantan, y enjaulados también... El medio en que se vive... y se canta... algo ha de significar. Antes cantaba yo para los pobres, y era como ellos, pobre y humilde; ahora canto para los ricos, y he de hacerlo en tonos diferentes. Pero en este caso, como en el otro, teniendo que decir una verdad que creo útil á las almas, no están de más las formas austeras. Lo mismo hacía entonces: que lo diga ésa. Cierto que usted es persona grande y de notoria virtud; pero como ahora se halla en el caso de tomar resoluciones graves, yo, su consejero en este momento, tengo que revestirme de autoridad, de la misma autoridad que hube de emplear ante la pobre mujer ignorante y pecadora.

—Me trata usted, pues—dijo la Condesa, en el colmo de la confusión,—como á pecadora...

—Ya sé que no; ya sé que es usted persona

virtuosísima; pero podría dejar de serlo, si con tiempo no determinara variar de ideas sobre puntos muy fundamentales. Necesita usted modificar radicalmente su sistema de practicar la caridad, y su sistema de vida. Si así no lo hiciera, podría perder el reposo, y con el reposo... hasta la misma virtud.

—No le entiendo á usted, no sé lo que quiere decirme—replicó Halma, no ya inquieta, sino acongojada por los estupendos y no esperados conceptos que el mendigo errante se permitía expresar.—Quiere decir tal vez que no he sabido dar á mis proyectos de vida cristiana la forma más aceptable.

—No señora, no ha sabido usted.

—¿Lo dice de veras?

—Como digo que desde hace bastante tiempo la señora vive en una equivocación lastimosa... pero desde hace mucho tiempo. No vaya á creer que me duele pronunciar ante usted la verdad de lo que siento. Al contrario, señora, gozo en manifestarla, y la manifestaría aunque viera que usted no la oía con gusto.

—Le aseguro á usted que, en verdad... no me sabe muy bien lo que me dice... Según eso, el camino que emprendo no es el mejor...

—Es buen camino, y por él se puede llegar á la perfección. Pero usted no llegará, no señora.

—¿Por qué?

—Porque no... porque su camino es otro... y ahí está la equivocación. Y yo llego á tiempo para decirle: «Señora Condesa, su camino de usted no es ése, sino aquél.»

VII

Perpleja y aturdida oyó Catalina estas palabras, que á su parecer, en las impresiones de aquel instante, desentonaban horriblemente. Creyó escuchar una voz de muy lejos venida, y Nazarín se desfiguraba en su imaginación, inspirándole miedo. Presumiendo que aún le faltaban por decir cosas más desentonadas y peregrinas, se arrepentía de haberle pedido consejo, y deseaba terminar el capítulo lo más pronto posible. Beatriz, inquieta, no apartaba los ojos de la señora, cuyo azoramiento leía en su expresivo semblante, y no pudiendo dudar de la inteligencia y sinceridad del maestro, esperaba que éste explanara sus verdades, para que la ilustre fundadora desarrugase el ceño.

«El camino de la señora Condesa no es éste, sino aquél—repitió Nazarín,—y ahora verá que pronto se lo hago comprender. Lo primero: la idea de dar á Pedralba una organización pública, semejante á la de los institutos religiosos y caritativos que hoy existen, es un grandísimo disparate.

—Entonces, ¿qué organización debí dar...?

—Ninguna.

—¡Ninguna! ¿De modo que, según usted, el mejor sistema...?

—Es la negación de todo sistema, en el caso concreto de Pedralba, y de usted.

—¿Y cómo ha de entenderse esa organización... negativa?

—De una manera muy sencilla, y que no es la desorganización ni mucho menos. Lo mismo que usted intenta hacer aquí en servicio de Dios y de la humanidad desvalida, puede hacerlo, y lo hará mejor, estableciéndose en una forma de absoluta libertad, de modo que ni la Iglesia, ni el Estado, ni la familia de Feramor, puedan intervenir en sus asuntos, ni pedirle cuentas de sus acciones.

—Pues si usted me da la clave de esa organización desorganizada y libre—dijo la Condesa irónicamente,—le declararé la primera inteligencia del mundo.

—No soy la primera inteligencia del mundo; pero Dios quiere que en esta ocasión pueda yo manifestar verdades que avasallen y cautiven su grande entendimiento, permitiéndole realizar los fines que se propone. No ha comprendido usted el concepto de libertad que me permití expresarle. Harto sabemos que toda libertad trae aparejada una esclavitud. Ahora es usted

esclava de la sociedad. Emancipándose de ésta, cambiará la forma de su libertad y también la de su cadena...

—Señor Nazarín—dijo Halma levantándose segunda vez,—ó usted se burla de mí, ó...

—Déjeme seguir. Tenga paciencia. Hágame el favor de sentarse y de oírme lo que aún me resta por decirle. Después, usted sigue mi consejo, ó lo desecha, según su albedrío. ¿En qué estaba usted pensando al constituir en Pedralba un organismo semejante á los organismos sociales que vemos por ahí, desvencijados, máquinas gastadas y viejas que no funcionan bien? ¿Á qué conduce eso de que su ínsula sea, no la ínsula de usted, sino una provincia de la ínsula total? Desde el momento en que la señora se pone de acuerdo con las autoridades civil y eclesiástica para la admisión de éstos ó los otros desvalidos, da derecho á las tales autoridades para que intervengan, vigilen y pretendan gobernar aquí como en todas partes. En cuanto usted se mueve, viene la Iglesia, y dice: «¡alto!», y viene el intruso Estado, y dice: «¡alto!» Una y otro quieren inspeccionar. La tutela le quitará á usted toda iniciativa. ¡Cuánto más sencillo y más práctico, señora de mi alma, es que no funde cosa alguna, que prescinda de toda constitución y reglamentos, y se constituya en familia, nada más que en familia, en señora y reina de su casa

particular! Dentro de las fronteras de su casa libre, podrá usted amparar á los pobres que quiera, sentarles á su mesa, y proceder como le inspiren su espíritu de caridad y su amor del bien.»

La Condesa, al fin, callaba, y oía con profunda atención.

«Y dicha esta verdad—prosiguió Nazarin,—voy á expresar otra, pues no es una sola la que ha de guiar á usted por el buen camino: son dos, ó quizá tres, y puesto yo á decirlas, no he de pararme en barras, ni inquietarme porque usted se incomode ó no se incomode. Aunque supiera yo que sería despedido de su ínsula, donde estoy muy á gusto, yo no había de callarme las verdades que aún restan por decir. Vamos allá. La señora Condesa es joven, y en su vida relativamente corta, ha padecido más que otros en una vida larga; en breve tiempo soportó, si, grandes tribulaciones y trabajos. Vió su juventud marchita tempranamente por las desavenencias con su familia; vió morir en lejanas tierras al esposo que adoraba; sufrió después contratiempos, desvíos, amarguras... Su alma, hastiada de las cosas terrenas, volvióse á Dios; aspiró á ser suya por entero, entendió que debía consagrar el resto de sus días á la mortificación, al ascetismo, á la caridad... Perfectamente. Todo esto es muy bueno, y yo alabo esas

aspiraciones, que demuestran la grandeza de su espíritu. Pero he de decirle sin rebozo que en ellas veo un error grave, señora, porque la santidad con que viene soñando desde que perdió á su esposo, no ha de alcanzarla usted por esos medios. El ardor de vida mística no lo tiene usted más que en su imaginación, y esto no basta, señora Condesa, porque sería usted una mística soñadora ó imaginativa, no una santa como pretende, y como todos queremos que sea.»

Halma quiso decir algo, pero no pudo: se le trababa la lengua.

«Llegará día, si no toma la señora otro rumbo, en que todo ese misticismo se le convierta en un nido de pasiones, que podrían ser buenas, y también podrían ser malas. Déjese de aspirar á la santidad por ese camino, y apresúrese á seguir el que voy á proponerle. ¿Quién le aconsejó á usted que renunciase á todo afecto mundano, y que se consagrara al afecto ideal, al afecto puro de las cosas divinas? Sin duda fué el benditísimo don Manuel Flórez, hombre muy bueno, pero que vivía en las rutinas, y andaba siempre por los caminos trillados. El vértigo social, en medio del cual vivió siempre nuestro simpático don Manuel, no le permitía ver bien las complexiones humanas, ni la fisonomía peculiar de cada alma, ni los caracteres, ni los temperamentos. Yo he tenido la suerte de verlo

más claro, aunque tarde, á tiempo, sin duda porque el Señor me iluminó para que sacara á usted del pantano en que se ha metido. No, la vida ascética, solitaria, consagrada á la meditación y á la abstinencia no es para usted. La señora de Pedralba necesita actividad, quehaceres, trabajo, movimiento, afectos, vida humana, en fin, y en ella puede llegar, si no á la perfección, porque la perfección nos está vedada, á una suma tal de méritos y virtudes, que no haya en la tierra quien la supere, y sea usted el recreo del Dios que la ha criado.»

Doña Catalina, sofocada, echaba fuego de sus mejillas.

«Nada conseguirá usted por lo espiritual puro; todo lo tendrá usted por lo humano. Y no hay que despreciar lo humano, señora mía, porque despreciaríamos la obra de Dios, que si ha hecho nuestros corazones, también es autor de nuestros nervios y nuestra sangre. Se lo dice á usted un hombre que no conoce ni la adulación ni el miedo. Nada soy, y si alguna vez no fuera órgano de la verdad, de poco valdría mi existencia. A los pobres les digo que sufran y esperen, á los ricos que amparen al pobre, á los malos que vuelvan á Dios por la vía del arrepentimiento, á los buenos que vivan santamente, dentro de las leyes divinas y humanas. Y á usted que es buena, y noble, y virtuosa, le digo

que no busque la perfección en el espiritualismo solitario, porque no la encontrará, que su vida necesita del apoyo de otra vida para no tambalearse, para andar siempre bien derecha.»

Catalina de Halma, al oír aquello del *apoyo* de otra vida, sintió que se le erizaba el cabello. Nazarín se levantó; ella también, los ojos espantados, el rostro encendido. «Lo que usted quiere decirme—murmuró contrayendo los dedos, cual si quisiera hacer de ellos afilada garra,—lo que usted me propone es... ¡que me case!

—Sí señora, eso mismo: que se case usted.»

Lanzó la Condesa un grito gutural, y llevándose la mano al corazón, como para contener un estallido, cayó al suelo atacada de fieras convulsiones.

VIII

Corrió Beatriz en su auxilio, la cogió en brazos. Nazarín la miraba impasible. En su desmayo, entre frases ininteligibles, doña Catalina pronunció con claridad la siguiente: «Está loco, y quiere volverme loca á mí.»

Salió Nazarín de la sala capitular, donde Beatriz, con el auxilio de Aquilina que acudió prontamente, trataba de volver á su normal estado á la ilustre señora. Bastó con desabrocharle el justillo y mojarle las sienes con agua fría,

para que Halma se restableciera, y quedándose sola otra vez con la nazarista, pasó más de un cuarto de hora sin que ninguna de las dos dijese palabra, ni en pro ni en contra del singularísimo consejo del apóstol mendigo.

Catalina, poseída de una intensa languidez, fué la que primero rompió el grave silencio, con esta pregunta: «Y cuando yo perdí el sentido, ¿no dijo algo más?»

—No señora. Nada más.

—¿No dijo la tercera verdad... que debo casarme con José Antonio?

—No le oí tal cosa.»

Quedóse Halma como aletargada en el sofá, y cuando Beatriz la creía dormida, he aquí que se incorpora la dama, muy nerviosa, y con gran inquietud de lengua y manos, atropelladamente dice:

«Beatriz, ese hombre es el santo, ese hombre es el justo, el misionero de la verdad, el emisario del Verbo Divino. Su voz me trae la voluntad de Dios, y ante ella me prosterno. Esa idea de que yo me case, me andaba rondando el alma, sin atreverse á entrar en ella, porque yo la tenía ocupada por mil artificios de mi vanidad de santa imaginativa, y de mística visionaria... Me ha dicho la gran verdad, que ha tardado en posesionarse de mi espíritu, entontecido con las ideas rutinarias que estoy metiendo y ataru-

gando en él desde hace algún tiempo. ¿Dónde está tu maestro? Quiero verle. Quiero que me hable otra vez, y que me confirme lo que antes me dijo.»

Salieron las dos. «Allá está—indicó Beatriz, después de explorar por una ventana las soledades de Pedralba.—Está paseándose debajo del moral.»

Corrieron allá, y arrodillándose ante él, Halma le dijo: «Padre, verdad tan grande y clara jamás oí. Usted me ha revelado á mí misma. Yo era como el gusano que se encierra en el capullo que labra. Usted me ha sacado de mi propia envoltura. Un sentimiento existía en mí, de que apenas yo misma me daba cuenta: tan agazapadito estaba el pobre en un rincón de mi alma. La voz del padrito le ha hecho saltar, y se ha crecido el picaro en un instante... ¡Oh, qué verdades me ha dicho esa inteligencia soberana! Sola, en vano pediría savia y calor al misticismo. Acompañada, tendré quien me defienda, quien me ayude, seremos dos en uno para proseguir la santa obra. No fundo nada, no quiero comunidad legal constituída con mil formulillas, que serían otras tantas brechas para que se metieran á inspeccionar mis acciones el cura y el médico y el administrador. Mi ínsula no es, no debe ser una institución, á imagen y semejanza del Estado. Sea mi ínsula una casa, una familia. Mi

marido y yo mandamos y disponemos en ella, con libre voluntad, conforme á la ley de Dios.

—Mírele, mírele—dijo Nazarín señalando á un punto lejano, en que se veía una pareja de bueyes, y un gañán tras ella.—Allí está el hombre, el corazón grande y hermoso, el sér que usted, con su caridad, mal comprendida por el bendito Flórez, y renegada por su hermano, sacó de la miseria y de la abyección. Le he sondeado. He visto su alma delante de mí, clara y patente. Es un buen hombre, y será un excelente señor de Pedralba.

—Y le bendiciremos á usted, padre, el santo, el justo, el que todo lo ve y todo lo descubre.

—No soy nada de eso—replicó el curita manchego, resistiéndose á que Halma le besase las manos, y obligándola á levantarse.—¡La señora de rodillas ante mí! ¡No faltaba más! Yo no soy ni santo ni justo, señora mía, sino un pobre hombre que, por favor de Dios, ha sabido ver lo que nadie había visto: que la señora de Pedralba quiere á su primo, que le quiere con amor, quizás desde que se llegó á ella, hecho un perdido, con ánimo de pedirle una limosna.

—Es verdad, es verdad... ¡Y yo pensé alejarle de mí! ¡Qué desvario! Llegué á creer que la sequedad del alma era el primer peldaño para subir á esas santidades que soñé... Estaba yo con mi santidad como chiquilla con zapatos nuevos.

¡Y el pobre José Antonio abrasado en un afecto hacia mí, que yo interpretaba como agradecimiento muy vivo! Ya sospechaba yo que sería algo más; pero tal era mi torpeza que, al ver aquel sentimiento, le echaba tierra encima, todo el material inerte que sacaba del hoyo místico en que enterrarme quería.

—Y ahora, señora Condesa, ahora que las grandes verdades han salido, con la ayuda de la luz de Dios, de la obscuridad en que se escondían, váyase á la casa, dedíquese á sus ocupaciones habituales, y déjeme á mí el cuidado de informar á Urrea de esta felicidad, pues si no se la comunico con arte gradual, podría ser que el gozo repentino le produjera conmoción demasiado fuerte y peligrosa.»

No tardó Halma en obedecerle, y allá se fué con Beatriz á sus trajines domésticos, que aquel día le parecieron más gratos que nunca. Y el manchego tomó pasito á paso el sendero que conducía á la tierra que el noble Urrea estaba labrando. Hizole el bravo gañán, al verle llegar, un gallardo saludo, levantando repetidas veces la aijada, y cuando le tuvo á tiro de palabra, no se atrevió á preguntarle, tal miedo tenía, lo que con tanto ardor anhelaba saber. Parados los bueyes, Urrea se quedó como una estatua. Los pies en el barro, la mano izquierda en la esteva, empuñando con la derecha la